



IV



L *signor* Roberto Ridolfi era un viejecito alegre, vivaracho, decidor, atento y obsequioso con los grandes, afable y complaciente con todo el mundo. Su cualidad de banquero y presidente ó director de la compañía de mercaderes italianos residentes en Londres, poníanle en relación con la gente de la banca y del comercio, y las gruesas sumas que á módico interés prestaba á los señores de la nobleza, dábanle influencia y entrada con los principales caballeros de la corte y con los hombres del gobierno. Pues sucedió que á fines de Marzo de 1571 el *signor* Ridolfi arregló y pagó las cuentas de su banca como para una larga ausencia, y comenzó sus visitas de despedida. Tuvo largas

conferencias con el Embajador de España, con el Obispo de Ross, encargado en Londres de los negocios de María Estuardo, con el Duque de Norfolk, con Lord Lumley, yerno del Conde de Arundel, y con otros grandes señores de mucha cuenta. Todo muy natural, en persona de tantos negocios é influencia.

Cumplidos estos deberes de prudencia y cortesía, el signor Ridolfi salió una noche de Londres con todo el aparato de un rico mercader, y amaneció á los pocos días, con todas las trazas de un pobre buhonero, á las puertas del castillo de Chatsworth, donde á la sazón se hallaba encerrada María Estuardo, bajo la guarda, más que benigna, del noble Conde de Shrewsbury. Era la Condesa católica oculta y muy adicta entonces á María, aunque hubo de darla más tarde serios disgustos; y ya fuese que encantasen á la Shrewsbury las baratijas de los buhoneros, ya que quisiese distraer con ellas por un momento los graves pesares de la Reina, es lo cierto que admitió al punto á su presencia al que llegaba, y ella misma le llevó á la de María Estuardo. Conferenció ésta largo tiempo con el buhonero, sin que Lady Shrewsbury desamparase la pieza vecina, y aquel mismo día desapareció aquél de Chatsworth lo mismo que había venido, para darse á luz otra vez, con todo

el aparato del signor Ridolfi, á bordo de una galera veneciana que hacía rumbo á Dunquerque.

Los sabuesos de Isabel, con ser tan finos, dejaron escapar en esta ocasión una preciosa pista; porque el signor Roberto Ridolfi era, además de rico banquero y honrado comerciante, un italiano astutísimo y corrido, conspirador de primera fuerza y agente secreto y activo correspondiente en Londres del Santo Padre San Pío V. Si los esbirros de Isabel hubiesen registrado el equipaje y la persona del signor Roberto Ridolfi, hubieran cogido el plan completo y detallado de la nueva conspiración urdida por el Duque de Norfolk, constante enamorado de María, y por el Obispo de Ross, su fiel servidor de siempre, para libertarla de su prisión inicua.

Tratábase nada menos que de prender por un golpe de mano á la Reina Isabel y á los señores de su Consejo y encerrarlos en la Torre de Londres: casar á María Estuardo con el Duque de Norfolk, y restablecer al punto el catolicismo en los dos reinos de Escocia é Inglaterra. Pedíase para ello el auxilio del Papa y de Felipe II, y contábase ya con el apoyo de los más poderosos señores de Inglaterra y el de los partidarios de María en Escocia, que á la muerte de Murray habíanse alzado otra vez numerosos y pujantes.

El Duque de Norfolk pedía al Rey de España

para esta empresa 6.000 arcabuceros, 4.000 arcabuces, 2.000 corazas y 25 piezas de artillería, con las municiones y dineros necesarios. Comprometiase por su parte á levantar en Inglaterra 3.000 hombres de á caballo y 20.000 de á pie, y á encargarse él de la peligrosa empresa de prender á la Reina y á sus consejeros y de poner en libertad á María Estuardo. Comprometiase también á mantenerse firme por cuarenta días en sus tierras de Norfolk, fronteras á la costa de Holanda, para proteger el desembarco de las tropas que desde Flandes había de mandar el Duque de Alba.

Ridolfi llevaba plenos poderes de la Reina de Escocia y del Duque de Norfolk para presentar todo este plan al Duque de Alba, á San Pío V y á Felipe II, con instrucciones detalladísimas, y este era el objeto de su misterioso viaje. Dirigióse en efecto Ridolfi primeramente á Bruselas, para ver allí al Duque de Alba, pensando marchar luego á Roma para avistarse con el Padre Santo, y dar por último la vuelta por España para tratar el asunto con Felipe II.

Era el gran Duque de Alba parco en palabras y generoso en obras, al estilo de aquellos antiguos españoles de que dijo alguno: *Eran en sus fazañas, largos para facellas y cortos para contallas*. Desagradóle, pues, la pomposa

charla de Ridolfi, y califícole, en sus cartas á Felipe II, de *harto liberal en el hablar...*

Escuchóle, sin embargo, con grande interés su embajada, y sin dejar escapar su opinión propia, contestó vagamente á Ridolfi. «Solamente le dije en términos generales, escribía á Felipe II, que él podía asegurar á la Reina de Escocia y Duque de Norfolk, que V. M. ninguna cosa desearía tanto como verlos fuera de trabajo, y á la dicha Reina restituída en lo que le pertenecía, y la religión católica del todo restaurada, y los que padescen á causa della consolados, y que allende de esto, yo sabía (como otras veces había declarado) que V. M. en esto no pretendía ningún interés, ni quería que la Reina se casase en otra parte que en Inglaterra ó Escocia con quien más le pareciese, con tal que fuese un personaje católico, y con quien S. M. pudiese hacer cuenta que tenía buena voluntad; mas que un punto principal le quería yo prevenir por haverme él dicho que quería pasar por Francia; que pues amava las vidas de la dicha Reina y Duque y todos sus benévolos, le importava á ella y á todos ellos que él guardase secreto so pena de ser causa de su ruyna, como tengo por cierto que lo sería».

Bastó esto solo para entusiasmar á Ridolfi, y apresuróse á enviar desde Bruselas cinco des-

pachos á María Estuardo, al Obispo de Ross, al Duque de Norfolk, al Embajador de España y á Lord Lumley anunciándoles las buenas disposiciones en que había encontrado al de Alba. Sirvióse para cifrar estas cartas de un librero flamenco llamado Carlos Bailly, hombre de toda confianza del Obispo de Ross; y el buen Ridolfi, *harto liberal en el hablar*, confióle sin duda al librero sobre el complot algo más seguramente de lo que le hubiera dicho el de Alba.

Prosiguió Ridolfi su viaje para Roma á fines de Abril, y el día 7 de Mayo escribió el Duque de Alba á Felipe II una carta de veinte pliegos, que se conserva en el archivo de Simancas, dándole su opinión sobre los planes de Norfolk. Aprobábalos el Duque en absoluto en cuanto á sus fines, y hacía presente á Felipe la obligación en que estaba, como Rey católico, de ayudar á la santa empresa de libertar á la Reina de Escocia y de no desperdiciar la ocasión de restablecer el catolicismo en aquellos reinos. Aprobaba también el matrimonio de María con Norfolk, «el cual, escribía Alba, trabajava todo lo que podía en descifrar y ser buen católico, como jamás dexó de serlo, si bien fué forzado de disimular por un tiempo, pero que todas sus acciones y especialmente la crianza de sus hijos davan testimonio dello».

En cuanto á los medios de acometer la empresa, no juzgaba el Duque prudente que Felipe lo hiciese desde luego á cara descubierta, porque bastaría esto solo para poner en contra á los alemanes, por odio sectario, y al Rey de Francia por temores de que fuesen los intentos de Felipe conquistar la Inglaterra. Pero en el caso de que Norfolk se hubiera apoderado ya de la Reina Isabel, ó muriese ésta de muerte natural ó de cualquiera otra muerte, cesaban ya todas las dificultades, puesto que nadie podría atribuir entonces otros intentos á Felipe, que el de apoyar los derechos de María Estuardo á la corona de Inglaterra.

«Y así me parece, escribía el Duque á Felipe, que en tal caso de la muerte de la Reina de Inglaterra, natural ó de otra manera, ó que ella estuviese en poder del dicho Duque de Norfolk, V. M. no devría dexar escapar una tan buena ocasión, para llegar al fin que pretende, de la restitución de nuestra santa fee católica en estas islas y del reposo de sus Estados para lo venidero, y que conforme á esto podría responder, que en los términos que las cosas están agora, no conviene ni á V. M. ni á ellos, que V. M. los asista para comenzar esta empresa, pero que los quiere bien prometer que sucediendo uno de los tres casos susdichos, es á saber, de

la muerte de la dicha Reina natural, ó de otra manera, ó que ella cayesse en su poder, los hará asistir de parte de estos países, con los 6.000 hombres que ellos piden, con tal que de su parte haya la correspondencia que dicen, y que no solamente dentro de los cuarenta días que el dicho Duque de Norfolk dice poderse sustentar los hará echar dentro de su tierra, pero dentro de treinta y aun de veinticinco, si el viento fuera propicio, y que en tal caso ellos podrán acudir á mí ó á mi sucesor Lugarteniente de V. M. en estos Estados; que él tendrá orden y poder absoluto para todo: lo cual, Sire, á mi juicio tengo yo por tan loable y honroso á V. M. y tan fácil á executar, que cuando de improviso yo tuviese nuevas que el uno de los tres casos había acontecido y ellos estuviessen en pie, no me parece que yo devría poner dubda en executar, sin esperar otra comodidad ó mandamiento de V. M., haviendo cuenta que tal es la intención de V. M. y así lo pienso hacer sucediendo el caso, si no me mandare el contrario».

Salieron estas cartas de Bruselas el 7 de Mayo, y el día 22 teníalas ya en su poder Felipe II. Á mediados de Junio entró Ridolfi en España de vuelta de Roma, y el 28 fué recibido en Madrid por el Rey. Traía el italiano además de las credenciales de María Estuardo y de Nor-

folk, una carta del Santo Padre para Felipe, en que con apremiantes razones le suplicaba que otorgase á Ridolfi la más entera confianza y tomase á pechos el encargo que había de exponerle, concediendo los recursos que juzgase prudente. Oyóle Felipe con su circunspección ordinaria y remitióle al Escorial, donde le interrogó detenidamente el Duque de Feria, y donde se celebró un importante consejo el 7 de Julio, cuya minuta se conserva íntegra en el archivo de Simancas.

Asistieron al consejo el Duque de Feria, el Príncipe de Éboli, el Dr. Martín de Velasco, el gran Inquisidor Arzobispo de Sevilla, y el gran Prior de San Juan D. Hernando de Toledo. Debatíose la cuestión bajo sus varios aspectos, y todos convinieron en que era lo más prudente y ejecutivo remitirlo todo al Duque de Alba, para que obrase él según lo que juzgara más conveniente para el servicio de Dios y del Rey. Así lo escribió éste al de Alba y á su Embajador en Londres, encargándole de nuevo el mayor secreto, *porque una vez la cosa divulgada, sería poner el cuchillo en la garganta á la Reina de Escocia y al Duque de Norfolk.*

Por desgracia, la primera indiscreción de Ridolfi había ya levantado este cuchillo sobre la cabeza de Norfolk. El librero flamenco Bailly

fué detenido como sospechoso cuando traía á Inglaterra los cinco despachos que en Bruselas le confiara Ridolfi; y aunque la astucia y el valor del Obispo de Ross encontraron medio de apoderarse de las cinco cartas antes de que cayesen en manos de Cecil, Bailly fué conducido á la Torre de Londres y confesó en el tormento todo lo que Ridolfi, *tan liberal en el hablar*, le había revelado en Bruselas sobre la conspiración. No era esto lo bastante para descubrir la trama de ella; pero era lo suficiente para denunciar su existencia y para que Cecil se mantuviese al acecho y se atreviera á prender al Obispo de Ross y á mantenerle encerrado bajo estrecha vigilancia.

Una negra traición vino á poco á dar al traste con la bien maquinada empresa, y á desencadenar los peligros que Felipe II y el Duque de Alba habían señalado. Tenía Norfolk un secretario llamado Higford, que meditaba desde mucho tiempo atrás la ruina de su dueño. Había este miserable hecho un escondite bajo la cama del mismo Duque y allí iba depositando los papeles comprometedores que, después de descifrados y leídos, le mandaba quemar su dueño. Fué necesario por aquel entonces enviar dinero á los partidarios de María, que se mantenían firmes en Escocia, y Norfolk tuvo la malaven-

turada idea de dar á Higford el encargo. Dejose prender este traidor, y una vez encerrado en la Torre de Londres, denunció á Cecil el escondite hecho por él mismo en la alcoba de Norfolk. Los papeles encontrados no podían ser más peligrosos. Estaba en primer lugar la cifra de que se servían Norfolk y María Estuardo en su correspondencia; la memoria relativa á la misión de Ridolfi con todo el plan de los conspiradores y sus nombres; diecinueve cartas de la Reina de Escocia y del Obispo de Ross dirigidas á Norfolk, y otra porción de cartas y papeles que comprometían más ó menos directamente á centenares de personas, así en Inglaterra como en Escocia.

Aquel fatal descubrimiento sembró el pánico en Londres y en todo el reino. La cólera de Isabel, terrible de suyo y hostigada por el frío ensañamiento de Cecil, estalló con todas sus felonías y crueldades. En veinticuatro horas prendieron y atormentaron los agentes de Cecil á todos los que comprometían los papeles de Norfolk, por muy remotamente que fuese. El Embajador de España fué expulsado del reino; María Estuardo incomunicada como el más vil criminal, en solas dos habitaciones del castillo de Chatsworth, y el Duque de Norfolk encerrado en la Torre de Londres.

Negó éste al pronto con grande entereza los cargos que le imputaban, creyendo que ninguna prueba podrían presentar en contra suya. Mas cuando vió delante de sí los papeles del escondite, que creía quemados mucho tiempo antes, y pudo comprender la negra traición de su secretario, apoderóse de él un amargo desaliento y ya no negó nada, ni se ocupó de otra cosa que de morir.

Un jurado de veintisiete Condes y Lores declaró al Duque de Norfolk culpable de alta traición, y en virtud de ello fué condenado á muerte. Firmó Isabel varias veces esta sentencia y otras tantas volvió á revocarla, poniendo en práctica las hipócritas trapacerías con que intentaba demostrar lo compasivo de su corazón y lo misericordioso de su justicia. Hacía la Cecil el juego induciéndola de continuo á firmar la sentencia. Fingió la Reina ceder al cabo; mas quiso antes consultar al Parlamento para encubrir su crueldad con la resolución de éste, y la Cámara de los Comunes, preparada por Cecil, declaró que la vida del Duque de Norfolk era incompatible con la seguridad de la Reina, y *que debía llevarse el hacha hasta la raíz del mal*, haciendo perecer también á María Estuardo. Fingió entonces Isabel ceder llena de dolor en la muerte de Norfolk, por dar gusto al Parlamento,

y firmó la sentencia; pero con respecto á la Reina de Escocia contestó con la refinada hipocresía de todos sus cálculos y la empalagosa cultura de los pisaverdes que hablaban *eufuismo* en su corte, *que repugnaba á su corazón dar muerte al pajarillo que se había refugiado en su seno, huyendo del buitre que le perseguía.*

